

Escritura y experiencia II

La lancha cabecea sobre las ondulaciones que deja la estela de la colectiva Interisleña: uack, uack, uack...y uack. Mi amiga le tiene mucho miedo al agua, y su presencia en la isla sólo se explica por mi poder de persuasión. Casi me arrepiento de haberla convencido, pero recapacito: sus gritos, guturales y breves en los momentos del cabeceo, tienen un claro ritmo sexual. Además, es bien sabido que en los momentos de peligro, el hombre debe proteger a la mujer rodándola con sus brazos.

El Tigre es para mí una experiencia muy difícil de describir. No es pura naturaleza (no es el delta amazónico) y las marcas humanas, aunque se trate de una espléndida casa isleña sobre sus sólidos pilones, tienen siempre un aire de conmovedora precariedad. Es como un encuentro sosegado, respetuoso, entre la naturaleza y la cultura. En el Tigre, es muy difícil la ostentación de una socialidad de la riqueza. Por suerte, los viejos y los nuevos ricos se encierran en los countries. (Ellos, que creen estar protegiéndose de los demás, en realidad nos están protegiendo). Por ahora, en la isla, sólo tenemos que soportar el paso de alguno que otro yate de superlujo, cuya presencia me ha parecido siempre incongruente (aunque más no sea por su tamaño).

Juntando material para el segundo volumen de *Efectos de agenda*, guardé el número de la revista *Viva* del 7 de noviembre de 1999. La tapa está atravesada por el sugestivo título: 'Tigre. El nuevo Miami' y ocupada por una foto que muestra la marina y una de las torres de Marinas Golf. La imagen es periodísticamente perfecta: representa la quintaesencia de la barbarie civilizatoria del dinero. Sigo pensando que tenemos todavía una sociedad que admite la coexistencia simbólica de varios mundos posibles. Y sin embargo, la riqueza tiene una furia incontenible, como si no admitiera espacios para los otros. Los demás, como su nombre lo indica, estamos de más. Como si su ideal fuera un país constituido por una red infinita de barrios privados, club houses, canchas de tenis y campos de golf. Una anticipación, en suma, del infierno.

No lo dejó solo a Aníbal en el aviso Sobral. Quiero decir que el proyecto de escritura que a veces nos habita, hace difícil diferenciar la experiencia del discurso, pensar que la primera precede al segundo. A partir de ese proyecto de texto sobre la isla, antes de que lleguen los dólares de Rockefeller, mi experiencia del Tigre está ya invadida por sensaciones, ruidos, colores y olores más intensos, tal vez, que antes. Como si respirara un aire condenado a desaparecer. Mi experiencia está ya impregnada de bronca, de anticipada nostalgia, de impotencia, es decir, de discurso potencialmente público. Pienso que pasa lo mismo con el viaje de Aníbal al Faro del fin del mundo: su experiencia es inseparable, indistinguible, del libro que ya estaba escribiendo (en su cabeza) sobre él.

Es lo que ocurre en el enamoramiento: cuando uno está lejos de la amada y vive experiencias intensas (estéticas, intelectuales, laborales o lo que fuere) esas experiencias están marcadas, en el momento mismo en que ocurren, por el relato que él le hará después a ella. Es la misma razón, en un plano más prosaico, por la cual los turistas sacan fotos de sus viajes.

*** Eliseo Verón, semiólogo, profesor y consultor en comunicación. En 1999 publicó dos libros: Esto no es un libro y Efectos de agenda, ambos en Editorial Gedisa. Actualmente prepara Efectos de agenda 2 y un libro de testimonios sobre la prostitución en Buenos Aires.*

Eliseo Verón